




EL



ATENEO



REVISTA QUINCENAL


Año II. Teruel 15 de Julio de 1893. Núm. 24.

A VUELA PLUMA

LITERATURA TUROLENSE

XIV

(Continuación.)



ENTRE las obras de *Gonzalo Pérez*, la principal es la traducción del poema de Homero *La Odisea*, en verso castellano. Grandes disputas sostuvieron los críticos acerca de quien era el autor de esta traducción, pues habiendo hallado en un códice de la Biblioteca del Escorial, el Sr. Pérez Bayer, la dedicatoria de este poema, escrita de letra de Paez de Castro, y creyendo que la letra de toda la tra-

ducción era suya también, afirmó, que el citado poema era original de Paez. Creyóse esto por algún tiempo, hasta que D. Juan de Iriarte vió en unos *Opúsculos* del referido Paez, una carta dirigida por éste á D. Gonzalo Pérez, en que remitiéndole la dedicatoria para el príncipe D. Felipe y aconsejándole que lo hiciera así, elogia mucho este poema y lo reconoce por autor. Tampoco es cierto lo que Pérez Bayer, *Goveyos*, afirma de que Paez revisó y corrigió esta traducción, pues el mismo Iriarte desvanece la aserción del autor de *Conversaciones críticas*, examinando detenidamente la citada carta, que copia en su *Biblioteca Griega*. Seis ediciones se hicieron de esta obra: en 1550, 1556, dos en 1562, una en Amberes y otra en Valencia; 1565 y 1767, estas dos últimas españolas.

Finalmente conócese también de este autor, un epigrama latino en alabanza de Cárlos v, tres cartas dirigidas al cronista Zurita y cuatro fragmentos de otras que dió á luz el P. Levesque en sus *Memorias*.

TERUEL. Dos son los hijos de la Capital de la provincia que en el siglo xvi se dedicaron al cultivo de la poesía, advirtiéndose que no fué esta su principal ocupación, sino mas bien medio de entretener sus ratos de ocio, en los cuales se dejaron llevar de sus aficiones á este divino Arte y compusieron obras, en general, de poca importancia. Tales son: *D. Gaspar Bueso* y *D. Domingo Vengochea*.

Nada sabemos del primero más que lo que de él dice Andrés de Uztarroz, en su *Aganipe* y que nos limitamos á copiar:

A cuanto *D. Gaspar Bueso* (1) describe
los laureles Apolo le apercibe,
cuyas cultas, y agudas locuciones,
están llenas de doctas alusiones;
que su gallardo ingenio
muestra en la copia su abundante genio.

A mediados del siglo de que tratamos, nació en Teruel, *D. Domingo de Vengochea* ó *Avengochea*, ilustre poeta y abogado, á quien elogian mucho Diez de Aux, Latassa y

(1) En las lágrimas del Doctor Montalbán folio 42. A.

el cronista Andrés, entre otros muchos. De ilustre linage, que traía origen, según su hijo D. Jerónimo Basilio, de quien nos ocuparemos más adelante, del ilustre solar de Vengochea de Leaburu, junto á la villa de Tolosa (Guipuzcoa) adquirió una educación distinguidísima, como correspondía á su noble alcurnia.

Principió sus estudios en Zaragoza desde donde pasó á Salamanca y después á Italia, habiendo sido discípulo de Andrés Samper, Lorenzo Palmireno, Jerónimo Muñoz, Francisco Sánchez de las Brozas, Juan Bautista Giraldo, Juan Bautista Rosario y Lúcas Contílio, ilustres maestros españoles, los cuatro primeros é italianos los restantes.

Obtenido el grado de Doctor en Derechos, pasó á ejercer la abogacía á los tribunales aragoneses; pues consta que en 1599, era individuo del colegio de abogados de Zaragoza. Desempeñó en la capital de Aragón muchos é importantes destinos como Lugarteniente del presidente, Capitán de Teruel y de su tierra, Lugarteniente de la Corte del Justicia de Aragón, Consejero de las salas criminal y civil de Aragón y Decano de ellas, después.

Habiendo perdido á sus tres hijos D. Jerónimo, Don Agustín y D. Pablo, dispuso que los bienes que poseía en su ciudad natal se destinaran á la fundación de un convento de religiosas carmelitas descalzas, en Teruel, cuyo convento, que existe todavía con el nombre de Santa Teresa, se edificó siendo obispo, D. Diego Chueca.

Como poeta escribió en latín y en castellano varias obras, elogiadas en el Aganipe de este modo:

Domingo Vengochea
manantial de la fuente Pegasea,
cuya canora lira
en el Pindo se admira,
á quien Lipsio elocuente
inmortaliza en su pincel valiente;
allí con líneas fieles
coronado se mira de laureles,
y el Orador famoso de Trajano
celebrara su ingenio soberano:
que sus declamaciones
son dignas de elegantes inscripciones.

Respecto á sus demás obras podremos citar, entre otros diversos tratados, alegaciones y consultas en causas graves, las cinco siguientes que son las más conocidas:

1.^a *In causa syndicatus pro se ipso Melete. Sive declamatio.* Libro en folio de 55 páginas.

2.^a *Prefación D. D. Vengochea. D. C. D. S. M. A los que leen y escriben.*

3.^a *Dominici á Vengochea J. U. D. Primarii in Regia Audientia Regni Aragonum Consiliarii Josephum Sessé. S.*

4.^a *Una epístola latina muy elegante dedicada á Justo Lipsio.*

Se hallan estas tres últimas, la 1.^a en el tomo 1.^o del *Estimulo á la devoción del Carmen* del P. Jiménez de Embun, la 2.^a en el tomo 2.^o de la obra *Decissionum Sacri Senatus Regii, Regni Aragonum et Curiae Domini Justiae Aragonum causarum civilium et criminalium* de D. José Sessé, y la 3.^a en la obra *Sylloge Epistolarum á Viris Illustribus Scriptorum* que publicó Pedro Burmanu.

5.^a *Inclitæ Cæsaraugustanæ Urbis coronæ Aragonum Metropolis Panegyricum congratulatio. Ad C et Illustrisimum V. D. Ludovicum ab Aliaga.* Obra que contiene el retrato del autor y acerca de la cual dijo Diez de Aux que en ella «se aprovechó de las obras y estilo de Plinio, Ausonio, Claudiano y otros graves escritores así antiguos como modernos y que hace un gallardo alarde y ostentación de su magistral ingenio».

No se sabe en que año murió, y sí, que siendo Regidor del Consejo de Aragón, ocurrieron los sucesos de la causa de Antonio Pérez y muerte de Lanuza, siendo desoído por el pueblo de Teruel, por mostrarse contrario al desgraciado Justicia.

No conocemos más poetas de la Capital de la provincia durante el siglo que estudiamos, pues aunque Andrés de Uztarroz cita bastantes más, pertenecen todos ellos al siglo xvii.

FEDERICO ANDRÉS.



SERMONES SIN AVE-MARIA ⁽¹⁾

I

LA CHISMOGRAFIA



o creais, amables lectoras, que al escribir este artículo me propongo contaros las flaquezas del prójimo para que os sirvan de *comidilla*; hace años que no manejo las *tijeras* y lo más que me permito es dar, alguna que otra vez, la tela, para que la corte, á su gusto, alguna de las muchas maestras en este arte. Además ¿qué os podría yo decir de nuevo, aunque me diese la mala tentación de hacer causa común con las que tienen gusto especial en desollar á sus semejantes? ¿Qué á Fulanito le gustan todas, apesar de estar ya unido por el santo vínculo? ¿Qué Mengana y Zutana bajan á *pelar la para* al portal, á altas horas de la noche? ¿Qué los tertulios de Z. se han aburrido ya de la aduana y de la hermosura (en adobo) de las niñas de la casa y han *tomado soleta*? Son noticias viejas para vosotras, y además es el oficio muy expuesto á quiebras. De manera, que si pretendéis hallar aquí á alguno *puesto en berlina*, no sigais adelante, no trato de eso; los personajes de

(1) De una colección de artículos titulada *Miserias de lugar*.

mis escritos son seres que ni existen ni han existido, nacen y toman forma en mi fantasía y lo más que copian del natural son cualidades, costumbres ó vicios generales, mas nunca son semblanzas de nadie, ni se refieren á ningún acto realizado. *A todos y á ninguno mis advertencias tocan*, como decia el gran Iriarte.

Sermones sin Ave-Maria me propongo escribir, y ya me daría yo con un *canto en el pecho*, si consiguieran, aunque no fuera más que en parte, el resultado que se proponen, estas especies de *Filípicas* contra los vicios que nos dominan, sin importarme un ápice que me tacheis de dómine ú otra cosa peor. Sentado esto, empiezo hoy, látigo en mano, á fustigar al peor y más generalizado de nuestros vicios, que es la murmuración ó chismografía. Sé que vais á decir que *gasto pólvora en salvas*, pues en los pueblos pequeños tenemos que ocuparnos unos de otros, sé también que no soy el que puede *tirar la primera piedra*, ni el llamado á corregirlo, ni á clamar contra él, pero *allá van artículos donde va mi gusto* y así como vosotras sois libres para leerlos ó dejarlos, yo lo soy para escribirlos como me plaza, y *Cristo con todos*.

Pero basta de modismos y entremos en materia.

Es, á mi entender, la chismografía vicio común á hombres y mujeres que halaga nuestro amor propio y satisface nuestra curiosidad. El deseo de ver por tierra á sus semejantes, aunque poco caritativo, es muy frecuente entre los humanos y ni desaparece ni desaparecerá jamás; tendrá sus periodos de crecimiento ó decadencia, más, por ley fatal, será siempre patrimonio de nuestra raza.

¡Desgraciado pueblo aquél donde domine esta plaga social que destruye cuanto toca, sus habitantes perderán poco á poco ese instinto de sociabilidad innato en el hombre, se mirarán como enemigos y aunque al encontrarse tengan la sonrisa en los labios, llevarán siempre el recelo y la desconfianza en su corazón!

Yo he conocido á uno de estos pueblos, donde cada generación aspiraba á reunirse en tertulias más ó menos familiares, conociendo que este es el medio de pasar mejor y más honradamente sus ratos de ocio, pero cuando apenas lo habían conseguido, esa maldita carcoma se encargaba de destruir, en pocos momentos, la obra de algunas semanas, haciendo convencerlos á fuerza de disgustos y contrariedades que no había medio de prolongar esas deliciosas reuniones, donde nacen y se cultivan las buenas amistades, los más puros amores y que hacen, en fin, á la sociedad, cumplir sus verdaderos fines políticos y religiosos.

Hallábame yo en aquel pueblo y habiendo conocido que sus habitantes eran dados á manejar la tijera, sin piedad ni consideración de ningún género, alejéme todo lo posible de su trato, y

ni envidioso ni envidiado, vivía en paz, entretenido con mis libros y escritos, hasta que me hallé en la precisión de presentar en la sociedad á un condiscípulo recién llegado de la Córte, un muchacho que no había conocido más mundo que el que puede descubrirse desde la ventana del colegio de escolapios y más tarde, el del estrecho círculo de amigos que uno se crea en Madrid, cuando allí se vive sin más objeto que el de estudiar para acabar pronto una carrera.

Deslumbrador aspecto ofrecía la sociedad de X, como llamaremos á aquél pueblo, cuando no se había penetrado en su seno ni conocido sus miserias. Nada más atrayente que cultivar el trato de aquellas hermosas y elegantes señoritas, de sus discretos padres y de aquellos caballeros todo finura, todo amabilidad, todo corrección; así pensaba mi amigo cuando fué presentado por mí en las reuniones del pueblo: jóven de porvenir, con la carrera recién terminada y de carácter alegre y expansivo, fué recibido con los brazos abiertos y sumamente agasajado; la novedad siempre interesa y más cuando como con él sucedía, constituye una esperanza para las jóvenes sin novio y para las mamás que desean acomodar cuanto antes á sus retoños femeninos.

Disfrutaba, mi amigo, lo que no es decible, en aquellas tertulias y abrirle los ojos para hacerle caer de su burro, me era muy penoso; además aparentaba no interesarse por nadie en particular, y podía por tanto dejársele con su ilusión, lo cual procuraba yo por todos los medios posibles, alejando á los murmuradores de su lado, y constituyéndome en su sombra perpetua. El había de estar solamente una corta temporada en X, y no quise que se llevase mala impresión del pueblo, donde yo estaba obligado á vivir. Mas, á pesar de mis esfuerzos, no tardó aquello en dar un estallido, y presentarse á su vista aquella sociedad, no tal cual era, que la chismografía forma al momento la bola de nieve que desfigura y agranda los sucesos, sino en el lamentable estado en que la deja la viperina lengua de un desalmado murmurador.

Celebrábase el cumple-años de la hija mayor de los señores de una de las casas, donde solíamos reunirnos, y con tal motivo la *soirée* se presentaba esplendente, se había organizado un cotillón y preparado un soberbio *lunch*, todo era lujo, distinción, elegancia, y la noche se pasaba de la manera más agradable en aquella sociedad, que, sino de seres perfectos, parecía al menos un dechado de corrección, honradez y buenas costumbres.

Cansados de bailar, y con objeto de fumarnos un pitillo, salimos del cuarto donde la reunión se celebraba, y pasamos á un inmediato, donde encontramos á tres caballeros que charlaban amigablemente, comentando, al parecer, y como era muy natu-

ral, los detalles del baile. Como eran conocidos nuestros, tomamos parte en la conversación, y uno de ellos, entre bocanada y bocanada de humo, empezó á levantar, poco á poco, la capa exterior de los concurrentes á la reunión, contando sucesos que los otros calificaban de muy sabrosos. De allí se dejaba traslucir, que todos los que habían asistido, traían un objeto particular, muy distinto del de pasar un rato honestamente. Todo salía á relucir y todo servía para hacer un epigrama picante, que era coreado por sendas carcajadas: las señoritas que habían cantado, (y bien para nuestro gusto) eran, para él, típles *sfogattas*, con voz de muchacha guapa y afán de exhibirse para encontrar novio, la dueña de la casa daba reuniones para acomodar bien y cuanto antes á sus hijas, el papá sacaba los cuartos á sus convidados, haciéndoles trampas en el tresillo; cuantas casadas asistían, hablaban con sus amantes, en las mismas barbas de los maridos, y los hombres, en su mayor parte, venían á ver si se pescaba algo—frase del orador—en fin, á los diez minutos, no había allí honra que no se hubiese desecho, miseria que no saliera á relucir, vergüenza que no se hubiera dado á ver, quedando, como diría Echegaray aquel cuarto *convertido en mesa de disección*, y sazonado con sendos tacos y palabrotas obscenas.

¡Qué escándalo! Decía mi amigo, al salir de aquella habitación; ¡pero eso es una falta de consideración, y hasta un crimen! ¡Cómo tolerais, que un hombre, que así habla de todos, alterne con vosotros!

—No hagas caso, no es el único que tiene esa mala costumbre, eso es fruta del país, aquí todos nos despellejamos con alevosía y ensañamiento, y ese jóven es uno de los más queridos por las víctimas de su lengua venenosa, pues es el que trae y lleva los cuentos de una parte á otra. Pero no te estrañes, tú ves esas señoritas, de quien, ha poco, decías, que parecen ángeles bajados del cielo, para endulzar las amarguras de esta vida, pues ya verás como se explican en cuanto se les da ocasión.

Precisamente distinguí en aquel momento á dos señoritas, que, sentadas en uno de los extremos del salón, parecían puestas *ad hoc* para que dieran fé de mis palabras, y allí llevé á mi amigo, en la seguridad de no quedar defraudado.

Efectivamente, llevada con cierto tino la conversación hácia el objeto que me proponía, y una vez que creyeron tener suficiente confianza con nosotros, esgrimieron la tijera con tal arte, que no quedó nada que no fuera blanco de sus iras. Bajo otro punto de vista, fueron desollados, no solo los que ya lo habían sido en el salón de fumar, sino también los que asistían á las demás reuniones del pueblo, y muchos de los que no frecuenta-

ban ninguna, que para todos hubo *san Benito*. Según ellas, no había en todo X hombre que no fuese tonto y vanidoso, ni mujer que no coqueteara con todo el que se le presentaba delante: nos enteraron, que las de A, debían todavía en la tienda, los trajes que lucían, que las de B, decían á voz en grito, que las muchachas de X *no iban á ninguna parte* en cuestión de modas, cuya frase les había valido el mote de las *drogueras aristócratas*; que la elegancia de las de C, era debida á que el padre, desde que había sido elegido concejal, se dedicaba al negocio del matute sin riesgo alguno, que las de D, con toda su finura y su orgullo, eran hijas de un ex-zapatero, y en fin, pusieron á todas *de oro y azul*.

¿Qué te parece, decía yó á mi amigo al separarnos de aquellas dos sierpes vestidas de señoritas, qué te parece la manera de tratarnos, que tenemos en este pueblo? Pues para que estés al fin de la calle, aunque me coloque á la misma altura que esos que acabamos de dejar, acabaré yó de darte las noticias de esa misma clase que he adquirido en mi estancia en esta localidad, y algo de los motes que aquí nos ponen á todos, pues es general costumbre, no llamar á nadie por su nombre propio.

En primer lugar, una de las dos señoritas con quienes hemos estado hablando, tiene una historia no muy limpia, pues dicen si tuvo ó no tuvo algo con un novio militar; á la otra, que como has visto es horriblemente fea, no se puede hablarle dos veces sin que diga que eres su novio y además no hay quien se atreva á sacarla á bailar, porque en cuanto pesca á uno por su cuenta, no le suelta hasta el final; á la señora de la casa le llaman *el carabinero* á causa de su cara hombruna, á la mayor de sus hijas, *D.^a Melindres*, y á la otra *la princesita del Congo*, y así continuaría diciéndote los de todas que conoces, motes inventados por los mismos que asisten á las reuniones, que de este modo pagan las atenciones de que son objeto y los ratos agradables que se les proporciona. Esto es, en fin, el colmo de la chismografía, y si quieres que imitemos á todos los que nos rodean, no tenemos mas que al separarnos despellejarnos mutuamente y de este modo conseguiremos, que no quede intacto esta noche ningún habitante de este pueblo.

No serían las diez de la mañana del siguiente, día cuando con gran sorpresa, vi entrar en mi cuarto á mi amigo en traje de viaje. Indiquéle mi extrañeza por tan repentina marcha, y á mis reiteradas instancias confesóme que se volvía á Madrid, por no querer pasar ni un día más en un pueblo donde había vivido engañado hasta entonces, y con objeto de curar en flor unos

amores que había empezado á sentir, por una muchacha de quien había oído mil *perrerías* la noche anterior.

Contóme, que habiéndole gustado extraordinariamente una de las señoritas de la casa donde habíamos pasado aquella velada y habiendo ella accedido á sus pretensiones, sufría un verdadero martirio para poder hablarle de su amor, pues con sus charlatanerías habían conseguido media docena de brujas que habitaban en la misma casa, que enterada la familia, prohibiese á su novia hasta asomarse al balcón y que si alguna vez conseguía hablarle de este modo, les ponían toda clase de obstáculos, para que no pudieran entenderse, llevando su falta de aprensión hasta el extremo de mandar á sus criadas que se pusieran debajo de los balcones de su novia y asomarse ellas á los suyos, con objeto de enterarse de la conversación. Que habiendo conseguido hacerse amigo de algunas de ellas, para rogarles que no lo molestasen, habían cometido la vileza de querer disuadirlo, con sus chismes, de los amores que había comenzado, hablándole mal de su novia, y que para fin de fiesta, la noche anterior, en el baile, había oído lo mismo que le habían ya dicho, por lo cual acababa por creer que su novia era frívola y coqueta, que cantaba solo por exhibirse y que su familia estaba entrampada, que negociaba entrando matute y que su papá hacía trampas á sus convidados.

En vano apuré todos los recursos imaginables para contenerlo, en vano le aseguré que la muchacha á quien quería, no tenía ninguna de las malas cualidades que le achacaban, que eran calumnias cuanto se decía del matute y de las trampas del tresillo y que no debía hacer caso de la chismografía de unos cuantos envidiosos.

Tal vez me hubiera hecho feliz, me dijo, y te aseguro que todavía la quiero, apesar de todo. Podrá no ser verdad, como tu me aseguras, pero *cuando el río suena, agua lleva* y como no quiero dar un disgusto á mi familia, me voy á la Corte, sin pasar más adelante, y allí procuraré distraerme para olvidarla cuanto antes.

Y así lo hizo, tomando al breve rato la diligencia que lo había de llevar hasta Madrid.

Cuando volvía por el camino, después de haberlo despedido, se me puso un nudo en la garganta; me pareció que aquel pueblo se me iba á caer encima, que aquella atmósfera tan viciada por la calumnia me iba á ahogar y dirigiéndome hacia aquel pueblo que se me presentaba, como recogido entre las laderas de dos enormes montañas, no pude menos de exclamar, apretando los puños:

¡Ah pueblo malicioso y desgraciado, que no sabes ocultar tus propias faltas, sino que por el contrario, las agrandas y desfiguras, por el maldito vicio de la murmuración que corroe tus entrañas, bien merecido te está que todos te tengan en el olvido en que yaces, y que no lleguen á penetrar en tu seno el progreso y la civilización, quedándote postergado en ese brillante camino que recorren los pueblos modernos, que más prudentes y cautos que tú, en lugar de ahuyentar al que en ellos se detiene, descubriéndole sus miserias, saben ocultárselas para atraerlo y asimilárselo! ¡Ellos vivirán prósperos y felices, mientras que tú no saldrás jamás de esa postración, justo castigo de tus vicios!

ANDRÉS EL TORNERO.



COSAS DE MI PAÍS

EL ÚLTIMO TROVADOR

I

Enclavado sobre uno de los diversos cerros que circundan el valle, en cuyo fondo descansan las tranquilas aguas que forman la laguna llamada de Gallocanta, está la vetusta construcción de un castillo, sola, abandonada, luchando con los elementos que le combaten y desafiando al tiempo que poco á poco va minando su existencia.

Hace muchos años, el viejo castillo, que hoy solo sirve para que aniden las lechuzas y otras aves de rapiña, era uno de los más fuertes y temidos de aquella comarca.

Cercano al Castillo de Tornos, ocupado por los partidarios de la Unión en virtud de la cesión hecha á esta en 1347, fué el de Berrueco una fuerte atalaya, desde donde se tuvo á raya siempre á los enemigos del poder real.

Su poseedor ó gobernador era un anciano militar, valiente campeón y decidido partidario del Rey, y por lo tanto, unido en cuerpo y alma á la confederación de Daroca contra los de la Unión.

Diferentes veces habíanle hecho estas proposiciones para que se adhiriese á ellos; muchas eran también las tentativas que los mismos habían intentado para apoderarse de tan importante fortaleza; pero la lealtad del poseedor y la de los hombres que lo guarnecían, habían hecho fracasar estas tentativas.

Sentados estos antecedentes, no es extraño que la fortaleza

fuese siempre espiada y que en ella se guardasen siempre precauciones contra el que se acercaba ó quería penetrar en ella.

Sin embargo de esto, la hospitalidad se ejercía siempre en el castillo de Berrueco.

II

Era una noche del mes de Abril.

Negros nubarrones de siniestro aspecto empezaban á cubrir el horizonte y surcos luminosos cerraban el espacio, haciendo presentir una temprana tempestad.

El reloj de agua de la habitación del Gobernador, había marcado ya las diez, cuando unos golpes dados á la puerta exterior del castillo, llamaron la atención de aquel, que mandó á ver lo que sucedía, ó quien era el importuno que llamaba en aquellas horas.

Volvió el emisario con la noticia de que el que llamaba era un pobre peregrino, que habiendo bordeado la laguna, pedía hospitalidad, puesto que ésta se le había negado en el pueblo que también tenía cerrado su recinto.

Religioso el Gobernador, hizo abrir inmediatamente y llegado el viajero á su presencia, se le dió fuego y cena para que mitigase el frío y hambre que, según dijo, le acosaba.

Satisfechas estas necesidades, sacando el peregrino un pequeño laud de su zurrón y con el beneplácito del Gobernador y complacencia de la servidumbre y soldados allí reunidos, cantó éste varios romances sobre religión, viajes, libertades aragonesas, la Unión, el Rey y otras.

El viejo veterano, así que escuchó las últimas, mandó cesar el canto y presumiendo que el cantor no era mas que un espía disfrazado, mandado por sus enemigos, hizo que éste fuese asegurado y observado detenidamente.

En aquellos tiempos en que no había periódicos ni otros medios de propaganda, eran los trovadores con sus cantos, los que la hacían y trasmitían las noticias entre los pueblos.

Por eso no era extraña la determinación del Gobernador.

III

¡Amanecía! La tempestad, que por la noche se había formado sobre la laguna, aumentaba; los estallidos del trueno conmovían los cimientos del castillo y la intensidad de los relámpagos delumbaban. Sobre la torre del homenaje, alzabase terrible la horca, donde ya se habían colgado, algunas veces, varios criminales y espías. Aquella mañana pendía en ella el cuerpo del peregrino ó trovador.

No habían hecho mas que alzarlo, cuando una exhalación bri-

llantísima, seguida de un espantoso trueno que hizo temblar los viejos muros de la fortaleza, cortando la cuerda del ahorcado, despeñó á éste muro abajo y puso fuego al torreón y gran parte del castillo.

Era la cólera de Dios que castigaba aquél crimen.

Esto pensaron siempre los del pueblo.

Tradición que se ha sucedido muchos años.

Sin embargo, poco después del suceso, los unionistas que ocupaban el castillo de Tornos, invadieron y tomaron el castillo de Berrueco.

El Gobernador de éste y gran parte de su guarnición habían perecido en el incendio.

El peregrino trovador, quizá por esta circunstancia, no se supo nunca si fué ó no un espía.

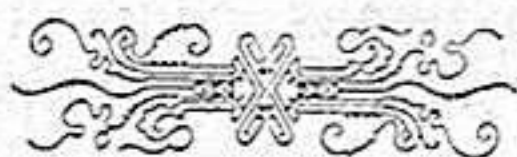
Solo sí se sabe que ya no pidió nunca hospitalidad en aquél castillo ningún trovador.

En cuanto al milagro ó cólera de Dios, hoy nos lo esplicamos de otro modo.

Atraída la electricidad por las argollas de la horca y transmitida por las cuerdas mojadas al edificio, éste ardió y perecieron con él los verdugos y ejecutores de la sentencia.

¡A cuantas leyendas ha dado origen la ignorancia!

S. GISBERT.



LA GAVOTTA ESTEFANÍA.

(IMPRESIONES.)

No entiendo pizca de música, pero es mi manía, y por tanto han de dispensarme mis lectores el que hoy les *musiquee* un ratito.

No comprendo la posibilidad de vivir constantemente apegado á la prosa de la existencia sin recibir de vez en cuando los refrigerantes alientos de las puras emanaciones del Arte.

Por eso yo, aunque no la entiendo, gusto de la música hasta rabiar.

Y una de las composiciones que más dulcemente han conmovido mi ánimo, es la *Gavotta Estefanía*.

(He de advertir que tengo un amigo que la toca con primor en el piano.)

Rebosa este bello trozo musical de un idealismo de sublime ternura y de una poesía melancólica y dulcísima que participa mucho de ese sentimiento íntimo que palpita en las *Baladas* de

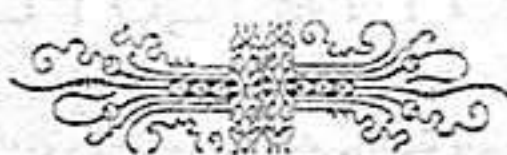
Weber, como el canto de un cisne moribundo, último acento de pureza triste, despedida amarga, suspiro intermitente salido de un pecho congestionado.

Su compás es cadencioso y rítmico como el de los *alejandrinos* de Zorrilla; sus armonías misteriosas, fantásticas y profundas como en los *Nocturnos* de Beethoven, á veces claman potentes y desesperadas con voces de pasión y gritos de angustia; á veces desmayan lánguidas, vagas, rumorosas como las blandas quejas de las auras en la espesura ó las notas apagadas que producen las aguas tranquilas de los lagos.

No participa esta composición de la ligereza encantadora y de la gracia siempre riante y juguetona de todas las *garottas* genuinamente italianas: parece más bien una melodía de Chopín, de aquellas que le inspiraron las pálidas noches de luna pasadas en Valldemosa, entre los perfumes de los limoneros y de los jazmines, arrullado por aquel mar siempre azul y bañando su vista en la contemplación de aquella naturaleza exuberante de vida y poesía, cuando se entregaba á los delirios de artista donde le arrastraba su negra melancolía.

Semeja esta música arrebatadora, ya una queja tristísima del amor que se olvida, bien el lamento largo y ahogado de la desesperación, ora la despedida suprema de las rosadas ilusiones últimas, ó los suspiros apagados del desengaño, con la repetición acentuada de los mismos temas, como si el acongojado espíritu que compuso aquellas melodías se complaciera con el recuerdo triste de sus amarguras.

F. MACÍAS AMAYA.



ÍNDICE DEL TOMO I.

	<u>Páginas</u>
Prólogo.	I
Periodistas Turolenses, por Domingo Gascón.	5
La Cuestión social, por S. A.	13, 29 y 43
La caza del perdigón, por Angel Vela-Hidalgo.	18
El juego, por P. C. D.	22
Hermosas simplezas, por A.	24
¡Pedregales de mi vida! por Manuel Polo Peyrolón.	33
Al Sr. Presidente del Ateneo Turolense, por J. V.	40
Cuentos de mi lugar, por Manuel Polo Peyrolón.	49, 222
Romance-charada, por J. V.	53
Cantares aragoneses, por D. Estéban Gabarda.	55
Escuela libre de Comercio.	61

La razón de los tiempos, por P.	67
La nia y la golondrina, por Calasanz Rabaza.	71
Cartas sin sello, por M.	73
12 de Octubre de 1492, por S. A.	81
La Brújula, por C.	84
En el cuarto centenario del descubrimiento del nuevo mundo, por Antonio Martínez González.	87
Al descubrimiento de América, por José M. ^a Catalán de Ocón.	90
Principio de una novela, por J. V.	91
A Colón en el cuarto centenario, por Coronado Satué.	93
D. Domingo Gascón y Guimbao.—Cronista de la provincia, por F.	102
Teoría católica del poder público, por José M. ^a de Soto.	106 y 117
Día de difuntos, por Pedro Marín Ortego.	109
Por la cruz y para España, por J. V.	111
A la feria, por X.	120
El Río, por Calasanz Rabaza.	125
Noche de luna, por Adeodato Herrera.	127
Charada, por J. V.	128
A vuela pluma. Literatura Turolense, por Federico Andrés.	132
149, 165, 181, 197, 213, 241, 253, 269, 285, 301, 317, 333, 349 y 365	
Idilio, por F. Macías Amaya.	137
A mi amigo D. Pascual Serrano y Abad, por Jerónimo Lafuente	139
El Otoño, el Invierno y la Felicidad, por Pedro Marín Ortego.	142
Discurso del Sr. Presidente del Ateneo en la velada del día 8 de Diciembre.	152
¡Dios se les pague!, por J. Villarroya.	157
Romance, por F. A.	160
Al grande y venerable Francés de Aranda, por Una turolense.	161
El Canto de Nerón, por F. Macías Amaya.	169
A mis paisanos, por Calasanz Rabaza.	172
Natividad, por Calasanz Rabaza.	173
Telegrafista por afición, por José Ibáñez Jaso.	174
El Ateneo en el año 1892.	176
Moscas protestantes, por Manuel Polo y Peyrolón.	185
El Conjuro, por F. Macías Amaya.	189
Leyenda, por Valso el Divi.	191
Fábula, por E. García Barroeta.	193
A través de un alambre, por Bristán.	201
La Belleza, por F. Macías Amaya.	204
Mi retrato, por Eduardo García Barroeta.	206
Puntazos, por Valso el Divi.	207
Rimas, por Coronado Satué.	208
¡Te detesto!, por José Ibáñez Garo.	209

¿Doloras?, por Pedro Feced.	210
Jueces de Teruel, por M. V.	219, 245 y 257
Las Nacionalidades del Arte, por F. Macías Amaya.. . . .	225
Safo, por J. M. Villasclaras Rojas.	229
El Trabajo. Oda, por José M. ^a Velilla.	231 y 263
Retazos, por F. Andrés.	234, 252 y 297
Horas Amargas, por Adeodato Herrera.. . . .	235
El trabajo y la asociación (conferencia).. . . .	248
Congreso provincial.. . . .	250
Un sabio de café, por Manuel Polo y Peyrolón.	258
La muerte de Jesus, por F. Macías Amaya.	261
Un rosario rezado en Lourdes, por Manuel Llanes Montull. 272 y 289	
El Miserere, por Andrés el tornero.	275
La Constancia, por Adeodato Herrera.	277
¡Murió el frío!, por M. V.. . . .	279 y 296
En la resurrección del Señor, por Carlos Molinos.. . . .	280
Cuentos de la abuela, por Jesus Royo Trallero.	291
Frente á frente, por J. V.	293 y 324
Turolenses ilustres, por F.	305, 321 y 337
Justo castigo, por Andrés el tornero.. . . .	309
Notas crítico-literarias, por F. Macías Amaya.. . . .	325 y 352
Apuntes de viaje, por Valso el divi.	326
El Angelus de la aldea, por Manuel Huidrobo.	327
Nocturno, por Adeodato Herrera.	328
La jota, por Salvador Rueda.	329
En un abanico, por Valso el divi.. . . .	330
La fiesta de la calle, por J. V.	340
Contrastes, por Andrés el tornero.	343 y 355
Verano, por Salvador Rueda.	345
Ahi me las den todas, por Pedro Marín Ortego.	356
Un recuerdo á la memoria del insigne poeta D. José Zorrilla, por Antonio Martínez González.	357
Egloga, por Carlos Molinos.	359
Sermones sin Ave-María, por Andrés el tornero.	369
Cosas de mi país. El último trovador, por S. Gisbert.	375
La Gavotta Estefanía, por F. Macías Amaya.. . . .	377

GRABADOS.

D. Domingo Gascón.	101
D. Joaquín Arnau.	305
D. Juan Vicente.	321
D. Mariano Espallargas.	337